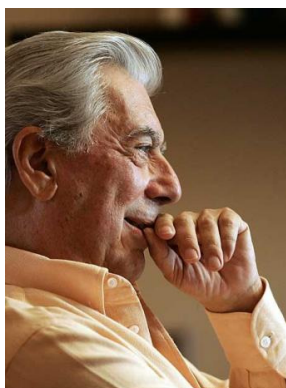




Vargas Llosa, premio Nobel

Por Carlos Fuentes



En el otoño de 1967, coincidí en Londres con Mario Vargas Llosa. Ambos habíamos leído, recientemente, y con admiración, la colección de retratos de la guerra de secesión norteamericana *Patriotic Gore*, por Edmund Wilson. Sentados en un pub de Hampstead, se nos ocurrió que no estaría mal un libro comparable sobre la América Latina: una galería imaginaria de retratos. En ese instante, varios espectros entraron al pub londinense reclamando el derecho a encarnar. Eran los dictadores latinoamericanos.

Vargas Llosa y yo invitamos a una docena de autores latinoamericanos. Cada uno debería escribir una novela breve -no más de cincuenta páginas por dictador- sobre su tirano nacional favorito. El volumen colectivo habría de llamarse *Los padres de las patrias*. Nuestro editor francés, Claude Gallimard, se convirtió en el padrino del proyecto. Por desgracia, a la postre resultó imposible coordinar los múltiples tiempos y las variadas voluntades de los escritores que, si mi memoria es tan buena como la de *El Supremo* de Augusto Roa Bastos, incluían, además de Vargas Llosa y yo mismo, al propio Roa, el argentino Julio Cortázar, el venezolano Miguel Otero Silva, el colombiano Gabriel García Márquez, el cubano Alejo Carpentier, el dominicano Juan Bosch, a los chilenos José Donoso y Jorge Edwards (Donoso prometió ocuparse de un dictador boliviano; su mujer, María Pilar, nació en ese penthouse de las Américas). Al fracasar el proyecto, tres de los escritores mencionados decidieron seguir adelante y concluir sus propias novelas: Carpentier (*El recurso del método*), García Márquez (*El otoño del patriarca*) y Roa Bastos (*Yo el Supremo*).

Vargas Llosa, a partir de entonces, ha publicado una serie de grandes novelas que culminan, las más recientes, con *La fiesta del Chivo* (2000) y *El sueño del celta* (2010). Destaco *Conversación en La Catedral* (1969) y *La guerra del fin del mundo* (1981) para concentrarme en *La fiesta del Chivo*, toda vez que rememora el propósito de aquella vieja conversación en un pub londinense y culmina la preocupación literaria con el tirano genérico en García Márquez y en Carpentier. En *El otoño del patriarca* (1975), los modelos son Franco y Salazar primordialmente, aunque no quedan fuera resabios de dictadores latinoamericanos del pasado, del presente y del futuro. En *El recurso del método* (1974) el modelo es el hombre fuerte venezolano Antonio Guzmán Blanco, un contradictorio personaje que confiscó los bienes de la Iglesia, creó el sistema de educación primaria y apoyó la educación superior... pero también gobernó con mano dura, no frenó a la corrupción y padeció de una vanidad tan ancha como el río Orinoco. Carpentier enfoca un rasgo semicómico de Guzmán Blanco: sus periódicas retiradas del poder para gozar de la vida en Francia y decorar, nostálgicamente, su piso parisino como una selva tropical, con cacatúas y todo. Aunque el poder le importaba más que París: apenas estallaba una rebelión en Venezuela, Guzmán Blanco regresaba -lenta pero seguramente, en barco- a retomar el poder y acentuar la tiranía.

Roa Bastos, en contraste, escoge a un tirano individual -el doctor Francia- y Vargas Llosa a otro más contemporáneo, Rafael Leónidas Trujillo, el sátrapa dominicano. Sólo que Roa Bastos puede hallar elementos de redención en la figura de Francia y Vargas Llosa no los admite en la de Trujillo. Si Francia es explicable a la luz de la inestabilidad post-independiente del siglo XIX, Trujillo no es explicable, ni admisible, en pleno siglo XX: Es una sangrienta anacronía.

Iniciado por Valle-Inclán en *Tirano Banderas* (1926) el tema del abuso del poder, el autoritarismo despótico y la distancia entre la ley y la práctica, se continúa, con los Ardavines de Gallegos, el don Mónico de Azuela, el Pedro Páramo de Rulfo, el Caudillo de Guzmán y ya citados, los dictadores de Roa Bastos, García Márquez y Carpentier. La diferencia en Vargas Llosa es que no apela a un seudónimo literario o a una figura simbólica, sino que nos refiere a un dictador concreto, personalizado, con nombre, apellido y fechas certificables de nacimiento y muerte: Rafael Leónidas Trujillo Molina, Benefactor de la Patria Nueva, Restaurador de la Independencia Financiera y Primer Periodista de la Nación, aunque los dominicanos, para no meterse en aprietos, lo llamaron "Mr. Jones" o "Mr. Jackson".

Esta salubre denominación -las cosas por su nombre- no significa que Vargas Llosa se limite a un ejercicio periodístico acerca de los treinta años de la dictadura trujillista. Los datos están ahí, biográficos, exactos, lúgubres, pero el marco novelesco los reduce (o eleva) a testimonios de una realidad atroz, en tanto que la misma realidad es cercada (y revelada) por la imaginación narrativa, que se propone, a su vez, como parte de una realidad más ancha, que incluye a la realidad de la invención literaria.



Tertulias Literarias

De esta manera, conocemos al detalle el horror de la opresión trujillista. A los enemigos "los echamos a los tiburones, vivos como usted mandó". Las prisiones son hoyos de tortura en los que la sevicia del tirano es ampliada por la sevicia y los rencores de cada torturador. Los enemigos del régimen son fusilados por doce bandidos que a su vez serán fusilados para que no queden testigos. Racimos de hombres desnudos son vejados, torturados, asesinados... Trujillo cuenta con una corte de aduladores, asesinos y subordinados. Johnny Abbes, a quien se le puede atribuir todo lo malo: "Para que un gobierno dure treinta años, hace falta un Johnny Abbes que mete las manos en la mierda". Ladrón de cadáveres ayer, asesino de sospechosos hoy, maricón, casado con una "horrible y aguerrida mexicana", Lupita, "que andaba con pistola en la cartera".

"Soy el perro de usted", le dice a Trujillo.

Henry Chirinos, llamado "el constitucionalista beodo", "la inmundicia viviente", come atragantado, dueño de una "insolente fealdad", autor de poemas, acrósticos y oraciones fúnebres. Es el-hombre-que-nunca-suda: no necesita ventilador. Sus labios son del color de la ceniza; sus palabras exhalan vaho.



Y está, al cabo, Agustín Cabral, "experto en imperdonables": trampas, triquiñuelas, intrincadas traiciones. Le atribuye a Trujillo que "los dominicanos descubrimos las maravillas de la puntualidad". Es el padre de Urania. Y está, más allá del bien y del mal, Joaquín Balaguer, que sabe lo conveniente y no se entera de lo inconveniente. Sabe callar. Es más jesuita que los jesuitas: actúa como si creyera...

Trujillo veja a sus colaboradores. Se especializa en humillar a quienes, cultos, universitarios, le sirven. Atiza la lucha de facciones trujillistas, neutralizando a sus colaboradores. ¿Ha leído a Maquiavelo? Como Hernán Cortés en la Conquista de México, ni falta que le hace. Su instinto lo conduce a ejercer un principado vengativo, sangriento, que sin embargo, como lo dijo El Príncipe, sangra a su vez por varios costados. Como todos los tiranos patrimonialistas Trujillo es el benefactor, no sólo de la Patria, sino de su familia. Su madre "la excelsa matrona", "madre del perínclito varón que nos gobierna" y la Prestante Dama, mujer de Trujillo, una vieja "gorda y pendeja", mujercita de "medio pelo y dudoso vivir, apodada La Española".

¡Ah! Y faltan los hijos del dictador, Radhamés y Ramfis, así nombrados, en honor de la Aída de Verdi. Radhamés es "brutito" y Ramfis el niño mimado, nombrado coronel a los siete años, elevado a general a los diez, enviado a la Academia militar de Fort Leavenworth, donde no recibe el trato que se merece ("general Trujillo") y regresa a la patria a ser festejado como héroe: nombrado Jefe del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas. Crece rodeado de "dos o tres amigos que lo festejan, adulan, sirven y medran a su costa". Hace regalos a las actrices que seduce -Kim Novak, Zsa Zsa Gabor- equivalentes a la ayuda militar de los EE UU a la República Dominicana. Y el propio benefactor, Padre de la Patria Nueva, ¿qué hace?, ¿qué no hace? Nunca suda. Disimula. Controla sus corajes. Se blanquea la tez mulata. Tiene centenares de uniformes, casas grandes y casas chicas multiplicadas. Le gusta "hacer chillar a las hembras". Confía en que su régimen será eterno, ¿o no lo ha bendecido el propio Cardenal Primado de Nueva York, Francis Spellman? ¿No cuenta con el apoyo norteamericano? Luego de servir como mandadero, entra a la Guardia Nacional durante la ocupación norteamericana y es elevado a Coronel, protegido por el Mayor Watson: "¡Trujillo piensa como un marine!". Golpe de Estado mediante, llega al poder desde 1930 y ya no lo suelta. Asesina impunemente a siete mil trabajadores haitianos en 1937 y a decenas de miles de ciudadanos dominicanos hasta el fin de la Dictadura. Sin él, la República Dominicana sería "país horda, tribu, caricatura". ¡Qué pena, para un gobernante tan superior, tener una familia, "el error de mi vida", la calamidad incomparable, "sin otro horizonte que el trago, las penas y tirar"! Es a pesar, no gracias a ellos -la horda, la tribu- que el régimen se sabe eterno. "¿Quién iba a pensar que un día la Tierra podría dejar de girar alrededor del Sol?".



Esta "fe" le permite al dictador sobrellevar sus propias miserias personales. La próstata infectada. La incontinencia. Mearse en los pantalones. No controlar el esfínter. No poder "hacer chillar a una hembra".

Y no poder evitar, tampoco, la muerte.



Tertulias Literarias

La muerte del tirano: la anticipan los valientes, impacientes, mal preparados opositores que preparan la celada final para asesinar a Trujillo. Y lo consiguen de manera desorganizada, bravos, dispuestos, ellos mismos, a morir en el intento. Del país de "pijoteros, vampiros y pendejos" despreciado por el dictador, surgen los locos justicieros que lo matan y lo mandan a un lecho de hielo, como si el frío pudiera resucitarlo. Ha perseguido a los curas, ha perdido el respaldo de Washington, ha dejado un vacío que llena el hombrecito Balaguer y la transitoria posición de Ramfis como jefe del ejército. Todo es apresurado, todo es pasajero. Lo entendió desde siempre la Prestante Dama "la terrible, la vengadora" y la astuta dama, que fue acumulando millones de dólares en los bancos suizos, últimos beneficiarios de la rapiña trujillista. La Dama nunca reveló los millones de las cuentas suizas. Murió en la pobreza, en Panamá, y llevaron a enterrarla en un taxi.

La novela de Vargas Llosa no es periodismo: no revela nada que no se haya publicado sobre la tiranía trujillista. Tampoco es historia: demasiados dominicanos sufrieron o se aprovecharon de las tres décadas de Trujillo como para esfumarlas en el pasado.

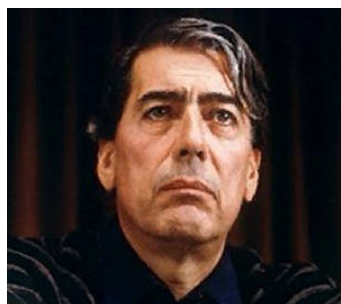
Es novela, novedad, y también novela, nube y niebla unamunianas gracias a una presencia que comunica los hechos, la distancia, los humaniza, los vuelve novedosos y novelables. La presencia es la de Urania, hija del senador Agustín Cabral, el "cerebritito" del régimen y ahora un vegetal humano, despojado de voluntad, a quien su hija abandonó, protegida por las monjas, para salvarse del destino de Rosalía Perdomo, de tantas otras muchachas violadas por Trujillo, por los Trujillos, por las bandas de los Ardavines, los Pedro Páramo, los hijos de patriarcas y los descendientes del tirano Banderas: las legiones del poder sin ley de la América Latina.

Urania Cabral se salva. Se va a Nueva York a llevar una vida propia, como profesional independiente, lejos de la fatalidad de la fuerza bruta. Regresa a reconocer a su padre inválido. Regresa a contar esta novela a su tía Adelina, a sus primas Lucinda y Manolita, es decir, a todos nosotros, los lectores de una novela de Mario Vargas Llosa que no sólo cuenta lo que ya sabíamos sino lo que no sabíamos: el efecto de esta historia en el alma de una mujer, Urania, que escapa de la historia para poder contar la historia, desde el marco de una personalidad hecha por la historia pero salvada de la historia para contarla -Urania Cabral- dándole un marco personal, protagonista, que renueva y hace inteligible a la historia.

Mario Vargas Llosa y La fiesta del Chivo

"Escribir sobre la dictadura de Trujillo es escribir sobre todas las dictaduras"

Por Diego Bernabé



Vargas Llosa llegó ayer a Buenos Aires para presentar su última novela en el marco de la Feria Internacional del Libro. "La fiesta del Chivo", que así se llama, trata de los días finales de Rafael Leónidas Trujillo; ¿se acuerdan de Trujillo?, el dictador dominicano que fue asesinado en 1961, a los 70 años, por un grupo de militares de su confianza ayudados por la CIA. Para escribir esta ficción Mario Vargas Llosa utilizó materiales históricos; detrás de él hay una labor de investigación enorme, la lectura de todo lo que se ha escrito y ha caído en sus manos sobre el famoso personaje. No ha querido escribir un libro fiel a la historia, ha dicho, "esa no es la función de la novela"; ha respetado los hechos capitales de la dictadura de Trujillo, los episodios relativos a su muerte, a la violencia y al caos que continuó después, pero inventó personajes y, a algunos de los reales les ha dado un tratamiento novelesco. En "La fiesta del

Chivo" asistimos a un doble retorno: mientras Urania Cabral, que es el personaje central, una mujer de unos 49 años visita a su papá, ya muy viejito y disminuido, en Santo Domingo, hoy ya en el año 2000 volvemos atrás, a 1961, cuando la capital dominicana aún se llamaba Ciudad Trujillo. Entonces Vargas Llosa le da voz, en esta obra, entre otros personajes históricos, al implacable general Trujillo, apodado "el Chivo", y al doctor Balaguer, esa suerte de eterno ex presidente de la República Dominicana. La última novela de Mario Vargas Llosa comienza con la cita de un famoso merengue dominicano: "El pueblo celebra con gran entusiasmo la fiesta "del Chivo" el 30 de mayo".

Usted acaba de llegar a Buenos Aires desde Santo Domingo, República Dominicana; de presentar su novela en un contexto muy especial, con mucha expectativa y mucha polémica, incluso. ¿Cómo le fue?

Me fue muy bien; fue una experiencia muy interesante. Yo tenía mucha curiosidad de ver cómo reaccionaban los dominicanos

GRUPO B



Tertulias Literarias

ante una novela que está inspirada en la historia dominicana y que además no hubiera podido escribir sin la colaboración, algunas veces involuntaria, de muchas dominicanas y dominicanos. En general la novela ha sido muy bien recibida; ha tenido un eco magnífico particularmente entre los jóvenes, aunque despertó controversias. Desde luego los trujillistas que, aunque parezca mentira todavía existen -quedan algunos nostálgicos del trujillismo- la han criticado muchísimo, y yo diría que con mucha razón. Pero también la han criticado -y a mí me ha dado eso mucha pena- parientes, descendientes de los ajusticiadores de Trujillo, que lamentan que yo haya mostrado los aspectos más negativos de estos personajes.

¿Truculentos, quizás?

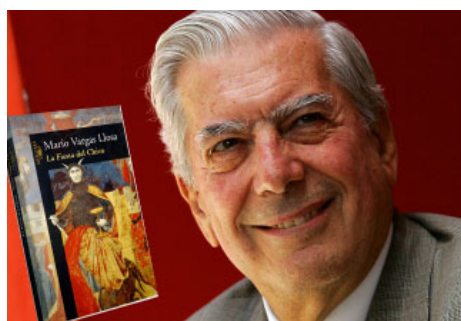
Algunos de estos ajusticiadores, auténticos héroes realmente -porque se necesitaba inmenso coraje para hacer lo que hicieron, además todos, con excepción de uno, tuvieron finales trágicos- fueron colaboradores de Trujillo, estuvieron muy identificados con el régimen y salieron desde el mismo hacia la oposición y la conspiración. Los héroes, usted sabe, adquieren rápidamente un estatuto casi semi-divino, se convierten en figuras intocables, pasan a ser hagiografías; y yo no escribo hagiografías sino novelas, por lo que no podía escamotear ese aspecto de negatividad que existe en la biografía de muchos de los conjurados, ¿no?.

¿No le preocupaba, no tenía temor de ir a República Dominicana? Se habló incluso de un operativo de seguridad muy importante, inusual, incluso alguna amenaza. En el propio diario La Nación de República Dominicana se hablaba de que había un grupo de matones a sueldo con la intención de propinarle una golpiza para que usted dejara de escribir, ¿no tenía temores de todo esto?

Hubo una amenaza, efectivamente, y algunos anónimos, y por eso quienes me invitaron montaron una cierta seguridad; pero la verdad es que no tuvo ningún incidente, a pesar de tener muchas presentaciones públicas. En general lo que recibí fueron manifestaciones de aprecio, le diría que hasta de mucho entusiasmo, por parte sobre todo de la gente joven, tanto en Santo Domingo como en la ciudad de Santiago los Caballeros, donde hice también una presentación. Haciendo un balance, la verdad que para mí la visita ha sido enormemente estimulante.

¿Por qué Trujillo, por qué República Dominicana?

De una manera puramente accidental. En el año 1975 pasé ocho meses en la República Dominicana, con motivo de una adaptación al cine de una novela mía, y allí escuché muchas anécdotas, leí también muchas cosas sobre Trujillo... sobre todo dos libros muy interesantes: una biografía de un historiador norteamericano, Grass Willer, y un reportaje sobre la muerte de Trujillo hecho por quien era en esa época el corresponsal del New York Times, un periodista australiano o neocelandés, Bernard Diederich. A mí me impresionó tanto todo lo que leí que desde esa época me daba vueltas la idea de una novela situada en ese contexto, de los días finales de Trujillo. O sea que, desde esa época, ya fui más o menos documentándome, dándole vueltas, enriqueciendo el proyecto inicial, hasta que hace unos tres años y medio comencé a trabajar en él.



No sólo leyendo sino recabando testimonios, también.

Desde luego. Le diría que los testimonios reales han sido quizás los más importantes. Yo hice, lógicamente, muchos viajes a la República Dominicana, y ahora, a diferencia de lo que ocurrió los primeros años luego de la dictadura, la gente ya hablaba sin ningún temor, y pude recabar muchísimos testimonios, tanto de opositores, como de indiferentes, así como también de partidarios de Trujillo. Quizás la más fascinante experiencia que tuve haciendo esa investigación fue una cena, en casa de un secretario de Trujillo -persona muy amable, dicho sea de paso- que organizó una cena invitando a trujillistas, ya mí me parecía irreal estar oyendo a estas personas que hablaban de Trujillo como si Trujillo estuviera todavía vivo; no hablaban de "Trujillo" sino de "el jefe", "su excelencia", con una reverencia, con una unción!, y todo eso fue, por supuesto, un material riquísimo. De todas maneras el libro es una novela, no es un libro de historia ni un reportaje; me he tomado muchas libertades, hay personajes históricos pero que están tratados con la libertad de los personajes inventados. Y éstos, también en muchos casos, están inspirados o aprovechan experiencias de personajes reales, como ocurre siempre en las novelas.



Tertulias Literarias

Últimamente los periodistas nos encontramos, a menudo en los escritores, con ideas para sus novelas que los obligan a bucear en el pasado, a investigar mucho, a leer, a documentarse vastamente, para luego comenzar a escribir y, sobre la base de esa historia, de esa acumulación de información, novelar, ficcionar. ¿Por qué?, ¿usted cree que está pasando algo en particular para que muchos escritores utilicen este mismo procedimiento, en lugar de imaginar y crear a partir de la realidad presente?

Yo creo que pocos escritores escriben sólo a partir de la imaginación; creo que la memoria es un ingrediente esencial de la creación literaria, que uno recurre siempre a un material que está almacenado allí en el recuerdo, y que busca en esas imágenes situaciones, personajes, la materia prima a partir de la cual fantasea. Por lo menos esa a sido mi experiencia. Todos los libros que he escrito, incluso los que parecen más desconectados de la realidad objetiva, tienen siempre unas raíces en la experiencia personal. Hay algunos escritores que tienen una vocación más hacia lo puramente imaginario, otros menos; yo creo que estoy entre los que están más cerca diríamos del realismo.

Pero, la historia, los documentos, ese largo proceso de casi tres años que a usted le llevó este trabajo, ¿es una fuente de inspiración importante?, ¿la inspiración va apareciendo a medida que uno entra en contacto con la historia, con los documentos, en todo ese proceso largo de investigación?

Exactamente. Esa investigación, en mi caso, no es para encontrar una verdad histórica y trasponerla en la ficción, ni mucho menos. Esa documentación es para familiarizarme con un ambiente, con un medio geográfico, social, cultural, y mentir con conocimiento de causa; es decir, fantasear, inventar, imaginar, a partir de una realidad que me es familiar, en la que me siento más o menos instalado, con desenvoltura; esa es la razón de ser de la investigación. De todas maneras, en esta novela he tratado de ser verdadero en lo esencial; ningún hecho esencial de la dictadura ha sido soslayado en el libro, y las libertades que me he tomado -que son muchas- de anécdotas, situaciones, diálogos, si no ocurrieron así, totalmente, hubieran sido posibles, perfectamente, dentro de lo que fue la era de Trujillo. En ningún caso he ido más allá de lo que parece verosímil, pero, desde luego, con esa única limitación, he trabajado con una libertad total.

¿Y se transformó un experto en Trujillo, casi como su personajes, el de Urania, el de esta mujer que en algún momento reconoce que de tanto estudiar la era Trujillo casi es una experta?

Creo que sí. Creo que es mi caso y que de alguna manera he traspuesto mi propia experiencia en aquello que dice Urania. Durante años he leído prácticamente todo lo que llegaba a mis manos, en la República Dominicana pero también en bibliotecas en el extranjero, y sí, en cierta forma puedo decir que soy un experto en la era Trujillo. Sobre todo en los últimos días de la dictadura y en lo que ocurre directamente después, cuando el proyecto de golpe de Estado fracasa, viene esa terrible represión encabezada por el hijo mayor de Trujillo, y la República Dominicana vive esos seis meses de horror vertiginoso que describe mi novela.



Usted presentó el libro esta semana en Santo Domingo curiosamente en el mismo hotel donde llega a alojarse Urania, el personaje central de su novela.

Allí empieza y allí termina la novela: en el Hotel Jaragua. Lo he hecho, por una parte, porque existió un Hotel Jaragua en la época de Trujillo -el edificio no es el mismo pero sí lo es el lugar- y porque, todas las veces que en estos años fui a la República Dominicana, me alojé en ese hotel. De tal manera que, por esa razón muy personal, el Hotel Jaragua es el punto de partida y de cierre de esta historia.

¿Le gusta sentirse identificado en este personaje que reconstruye un poco esa memoria, ese pasado y esa historia, y que curiosamente comienza, para hacerlo, por los olores y los ruidos de la ciudad?

Urania para mí es un personaje muy conmovedor. Es un personaje que yo inventé con la idea de que la novela tuviera, no sólo una perspectiva histórica, del pasado, sino también contemporánea; que la dictadura, la muerte de Trujillo, el caos y la violencia

GRUPO B



Tertulias Literarias

que siguieron a ese episodio, fueran escritos desde la época contemporánea, con toda la experiencia acumulada desde entonces; pero también porque yo quería que un personaje femenino fuera uno de los protagonistas de la historia. La dictadura fue particularmente cruel con la mujer. Como todas las dictaduras latinoamericanas tuvo un contenido machista; el machismo es un fenómeno latinoamericano. Pero eso, imbricado con lo que es un régimen autoritario, de poder absoluto, convierte a la mujer realmente en un objeto vulnerable a los peores atropellos. El sexo era para Trujillo uno de los símbolos del poder, de su virilidad, valor supremo para una sociedad machista; por tanto la mujer realmente un objeto del que se disponía: los padres regalaban sus hijas a Trujillo, éste infligía a sus colaboradores más cercanos esa humillación de acostarse con sus mujeres... muchas veces simplemente para mostrar su poderío, su autoridad, sobre algunos de ellos.

Estas cosas que usted cuenta no le gustaron a alguna gente de República Dominicana, y usted dice que está documentado.

Está documentado hasta la saciedad, en esto no hay la más mínima exageración. Y, ahora que estuve en la República Dominicana, en las presentaciones y en los diálogos afloraba constantemente este hecho, tan representativo de lo que significó la dictadura de Trujillo. Sí, para muchos padres, sobre todo gentes humildes, era la manera de manifestar la adhesión al amo del país: entregarle a sus hijas. Esto parece algo producto de la ciencia ficción, o del realismo mágico de la literatura latinoamericana; pero no, esto ocurría, y ocurría no de manera excepcional. A mí me lo dijo el secretario de Trujillo, me dijo "era un problema para nosotros, porque en las giras, sobre todo, muchísimos padres traían a sus hijas y no había manera de aceptar a todas estas muchachas"; eso parecía algo natural, pero eso es algo tan antinatural y tan terrible, visto desde la perspectiva de la más elemental civilización, que nos da una idea de los que era la condición elemental de la mujer en esa época y bajo ese sistema. Y esto es lo que está representado por el personaje de Urania; por eso a mí me parece un personaje muy entrañable, de alguna manera ella es el símbolo de los que fue ser mujer en la República Dominicana entre 1930 y 1961.

En el contexto actual, cuando aparece una nueva novela de Mario Vargas Llosa - que en este caso habla de una dictadura, de 30 años de historia de un país como la República Dominicana- a menudo hay críticos que analizan su obra y que le adjudican segundas o terceras intenciones. ¿En qué medida le preocupó en esta novela dialogar, interactuar, con aquellos regímenes que, aún hoy, están presentes en América Latina? Usted mismo habla hoy de su país, del régimen del Perú, como una dictadura; ha sido muy crítico hacia Fidel Castro en Cuba, supongo que también ha definido ese régimen como una dictadura. ¿Le interesa que esa novela sirva como un punto de reflexión?

Desde luego. Al escribir sobre la dictadura de Trujillo, uno escribe sobre todas las dictaduras. Creo que una novela, si no tiene esa perspectiva general, universal, no es novela, pasa a ser folklore, o un testimonio localista. Aunque la dictadura de Trujillo tuvo, por supuesto, unos matices muy típicos, de alguna manera en ella se manifiesta el fenómeno general del autoritarismo, el factor de violencia, de corrupción; las secuelas que deja, las reverberaciones que quedan, luego de la desaparición de la dictadura, en las sociedades que intentan construir una democracia, y la manera como, desde lo invisible, esas reverberaciones son un obstáculo, un obstáculo enorme, para que surjan instituciones civiles, para que las costumbres democráticas se arraiguen en un país. Así que desde luego, no me extraña nada, y más bien me alegra mucho que, por ejemplo, en Perú, las críticas



-creo que sin excepción- hayan visto un correlato en lo que ocurre hoy en día con la dictadura de Montesinos y Fujimori, que no es la misma dictadura que la de Trujillo, es menos visible, más hipócrita, pero también muy violenta y profundamente corrompida. Así que entiendo que la dictadura de Trujillo, en la realidad, fue como un emblema de las dictaduras de esa época, y hoy en día, al evocarla, estamos hablando de aquellas que sobreviven, -afortunadamente en América ya no quedan muchas-.

Y usted eligió para novelar quizás una de las peores, de las más crudas, porque ya desde los primeros capítulos del libro uno ve aparecer una serie de horrores, de situaciones truculentas que, a medida que siguen llegando y que usted las va relatando -a menudo con mucha ironía, también- uno se pregunta: ¿qué más puede venir?, porque es durísimo lo que va apareciendo aquí. ¿Hay algo de eso, es una suerte de modelo de dictadura total la de Trujillo en República Dominicana?

Sí, yo creo que ahí está la palabra clave: total. Dentro de las dictaduras, diríamos autoritarias, quizás la que está más cerca de ser una dictadura totalitaria, de control absoluto de una ciudad, es la de Trujillo. Llegó a tener un control, no sólo sobre las conductas, sino también sobre la psicología, hasta los sueños de los dominicanos. Por eso pudo acumular ese poder casi sin



Tertulias Literarias

precedentes en América Latina. Creo que eso explica los extremos de crueldad vertiginosos a que se llegó, el poder absoluto que hacía de él una persona por encima del bien y del mal, cuyos deseos se convertían inmediatamente en órdenes, en leyes que eran acatadas. Y, como tenía garantizada la impunidad para cualquier acto, iniciativa o gesto, fue en un "crescendo" hasta llegar a sus extremos de horror; yo no he descrito en mi novela todos los extremos, aunque parezca mentira, muchas veces he tenido que rebajar la realidad porque, traspuesta a la novela, parecía inverosímil, absolutamente delirante, una especie de fantasía, de pesadilla. Es un caso en el que yo he podido comprobar, en carne propia, como muchas veces la realidad supera la ficción.

Fontes:

http://www.elpais.com/articulo/portada/Vargas/Llosa/premio/Nobel/elpepuculbab/20110219elpbabpor_65/Tes
<http://www.espectador.com/text/especial/vargasll.htm>

Para saber más:

El dictador latinoamericano como objeto narrativo en "La fiesta del chivo"

<http://www.articuloz.com/literatura-articulos/el-dictador-latinoamericano-como-objeto-narrativo-en-la-fiesta-del-chivo-de-mario-vargas-llosa-949763.html>

Reseña "El Cultural"

http://www.elcultural.es/version_papel/LETRAS/18306/La_fiesta_del_chivo

El "Trujillato" por tres plumas foráneas: Vargas Llosa, Vázquez Montalbán y Julia Álvarez

<http://www.google.es/#hl=es&source=hp&biw=1276&bih=823&q=el+trujillato+por+tres+plumas+foraneas&aq=f&aqi=&aql=&oq=&fp=1&caid=b>

La resurrección del dictador, por Tomás Eloy Martínez

<http://www.sololiteratura.com/tom/tomartlaresurreccion.htm>

Biblioteca Central Rialeda
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996

Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org

Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>

GRUPO B